

bam  
bú

# El año del Gato

Jaume  
Copons



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2018, Jaume Copons, por el texto  
© 2018, Agustín Comotto, por las ilustraciones  
© 2018, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2018  
ISBN: 978-84-8343-547-2  
Depósito legal: B-29858-2017  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



1.

## La peor clase del mundo (según Silvia)

**Imaginad la peor** clase que seáis capaces de imaginar. No. No penséis en mesas, sillas o pizarras; pensad en los niños que están dentro.

Si sois capaces de imaginar la peor clase del mundo, y después aún podéis exagerar un poco más, entonces estaréis muy cerca de «la clase del gato». O quizá no.

Quizá alguien preferiría que habláramos de la clase de Lía y sus compañeros, o la de Mariona, Toni o cualquier otro y sus amigos. Lo siento, pero resulta que, sin los veintitrés niños de aquella clase (para ser más precisos: once niños y doce niñas), «la clase del gato» nunca habría existido. Y, por eso, si nos centráramos en Lola o Marcos, Andrés o quien fue-

ra, solo tendríamos una visión muy parcial de lo que ocurrió. Pero si, aun así, hay quien necesita un único protagonista, no está de más recordar que el mundo está lleno de buenas novelas con un único o una única protagonista.

Solo es rigurosamente cierto que, antes de que la clase del gato fuera «la clase del gato», aquellos críos no tenían ni la menor idea de lo que era el orden y el silencio. Convivir con ellos era un auténtico drama y era una misión imposible que trabajaran. Eran rebeldes, molestos, cargantes y sofocantes. Por eso, las maestras ya no sabían qué hacer con ellos. O, mejor dicho, la mayor parte de maestras no sabían qué hacer. Silvia sí que lo sabía. Lo tenía muy claro: no había que hacer nada.

–No vamos a conseguir nada de estos críos –dijo exactamente en una reunión de maestras–. Son la peor clase del mundo.

Verdaderamente lo creía así. Y, como decidió que nadie iba a conseguir nada de aquellos alumnos, ya no se molestó en hacer nada. Por suerte, Ana, la tutora de aquel año, aunque iba de fracaso en fracaso, no se rendía y buscaba incansablemente la manera, o más bien una manera, de cambiarlo todo.

Y esta era la situación cuando, a causa de una pelea entre Toni y Lía, toda la clase se quedó sin patio.

No es que quedarse sin patio fuera una novedad o una sorpresa. En realidad, la mayor parte de los días desayunaban en clase. Pero aquel día fue distinto porque, aunque nadie lo intuía, entre otras cosas porque no había manera de saberlo, estaban a punto de convertirse en «la clase del gato».



2.

## Un quejido persistente y misterioso

**Mientras acababan de comerse** los respectivos bocadillos, Rosa le comentó a Fátima que aquello de desayunar en clase era totalmente ilógico. Y tenía datos que corroboraban su opinión. Había comprobado que, cuando desayunaban en clase, el resto del día aún estaban más nerviosos y, por lo tanto, la situación siempre acababa empeorando. Fátima estuvo totalmente de acuerdo con Rosa: desayunar en clase era un error inmenso. Lo más curioso es que ninguna de las dos sabía que aquel castigo formaba parte de una serie de propuestas que Silvia planteó el día que afirmó que eran la peor clase del mundo.

Y, entonces, sucedió.



En uno de los escasos momentos de silencio, sin duda provocados por el hecho de que todas las bocas estaban ocupadas masticando, se oyó un gemido, o quizá un llanto. Se miraron de reojo los unos a los otros y, aunque aquel sollozo raquítico se repitió por lo menos tres veces, no hubo manera de saber de dónde venía, y, menos aún, de saber quién lo hacía.

Los ojos de Ana se clavaron en Alfonso, que era un gran imitador de todo tipo de sonidos y ruidos. Pero, en ese momento, Alfonso tenía la boca demasiado llena como para poder haber sido él.

Descartada la culpabilidad de Alfonso, Ana se dedicó a pasear erráticamente entre las mesas. Fue uno de esos extraños paseos que algunas maestras suelen llevar a cabo entre las mesas. De repente, se detuvo ante la mochila de Marta, que, como si nada, continuó dándole bocados a su enorme bocadillo.

—¿Puedes abrir la mochila, Marta? —le preguntó.

Pero Marta se hizo la sorda.

—Por favor, Marta, ¿podrías hacer el favor de abrir tu mochila? —insistió la maestra.

Y como Marta continuó impertérrita devorando su bocadillo, Ana decidió coger ella misma la mochila. Y eso provocó un cierto silencio y, por qué no decirlo, una grandísima expectación.

Ana abrió la mochila y miró en su interior. Después, se quedó mirando fijamente a Marta, casi sin parpadear, y otra vez miró en el interior de la mochila.

Primero Lía y Mariona, y después los demás, de una manera inconscientemente ordenada y más o menos tranquila, se acercaron a Ana con la sana intención de ver qué había encontrado.

Y la maestra suspiró aliviada. No dijo nada, pero por una milésima de segundo (es decir, un segundo partido por mil, que casi no es nada, pero en según qué ocasiones puede parecer una eternidad) pensó que lo que había en la mochila era un bebé. Y no, afortunadamente no era una criatura. O por lo menos, no era una criatura humana.

–Esta mañana he sido la primera en llegar a la escuela y lo he encontrado en la puerta envuelto en una toalla. No lo podía dejar allí –se justificó Marta.

Todos se fueron situando tan cerca como pudieron de Marta y, sobre todo, de la mochila. Y, entonces, Ana sacó la toalla, y, tras la toalla, un gato diminuto, un gato que tenía un ojo azul y el otro pardo y parecía de algodón, porque tenía el pelo blanco y suave como el de un peluche.

Y ojalá alguien hubiera tenido una cámara o un móvil a mano, porque la ocasión se merecía una foto.



3.

## Sin noticias del vuelo de las moscas

### Era precioso.

Tenía unos ojos bicolors inmensos, uno de color de cielo sin nubes y el otro del color de playa a las doce del mediodía. Las orejas, un poco desproporcionadas, se aferraban a una cabeza redondísima y el hocico era de un color rosa pálido que parecía haber sido escogido a conciencia para que encajara a la perfección entre aquellos ojos bicolors.

Cuando Ana lo dejó encima de su mesa, aquel cuerpo pequeño y delgaducho se movió torpemente, como un juguete al que se le están acabando las pilas.

–¡Quiero tocarlo! –saltó Kevin.

–¡Qué *cuqui!* –dijo Lola.

–¡Es una monada! –aseguró Óscar.

–¡Es un gato! –concluyó Toni, que, para creer lo que estaba viendo, necesitó decir en voz alta aquel nombre.

Y, entonces, Ana pidió silencio. Y se hizo un silencio como de catedral gótica a las ocho y media de la tarde, o quizá de sala de cine totalmente vacía.

Es frecuente que, cuando se habla de un gran silencio, la gente se refiera a que no se oía ni el vuelo de una mosca. Pues bien, aquella mañana no había moscas y, por lo tanto, no se pudo comprobar nada acerca de su vuelo. Pero se oía perfectamente el griterío de los alumnos que aún estaban en el patio y las voces de los vendedores del mercado que estaba al lado de la escuela.

–No lo podía dejar en la puerta de la escuela –se disculpó otra vez Marta, que intuía que la que le caería encima sería monumental.

–¡No, claro que no! –la apoyó Toni.

–A ver... ¡Que todo el mundo se siente! –pidió Ana mientras intentaba mantener la calma y se dirigía hacia la puerta con el gato.

–¿Adónde vas? –le preguntó Ramón.

–¡A la sala de maestras!

Y, en aquel momento, se originó uno de aquellos sucesos que solo podían ocurrir en aquella clase: to-

dos se fueron colocando ante la puerta, de manera que Ana encontró el pasó bloqueado. No podía salir.

–¿Queréis hacer el favor de dejarme pasar? –preguntó Ana con una ligera intranquilidad.

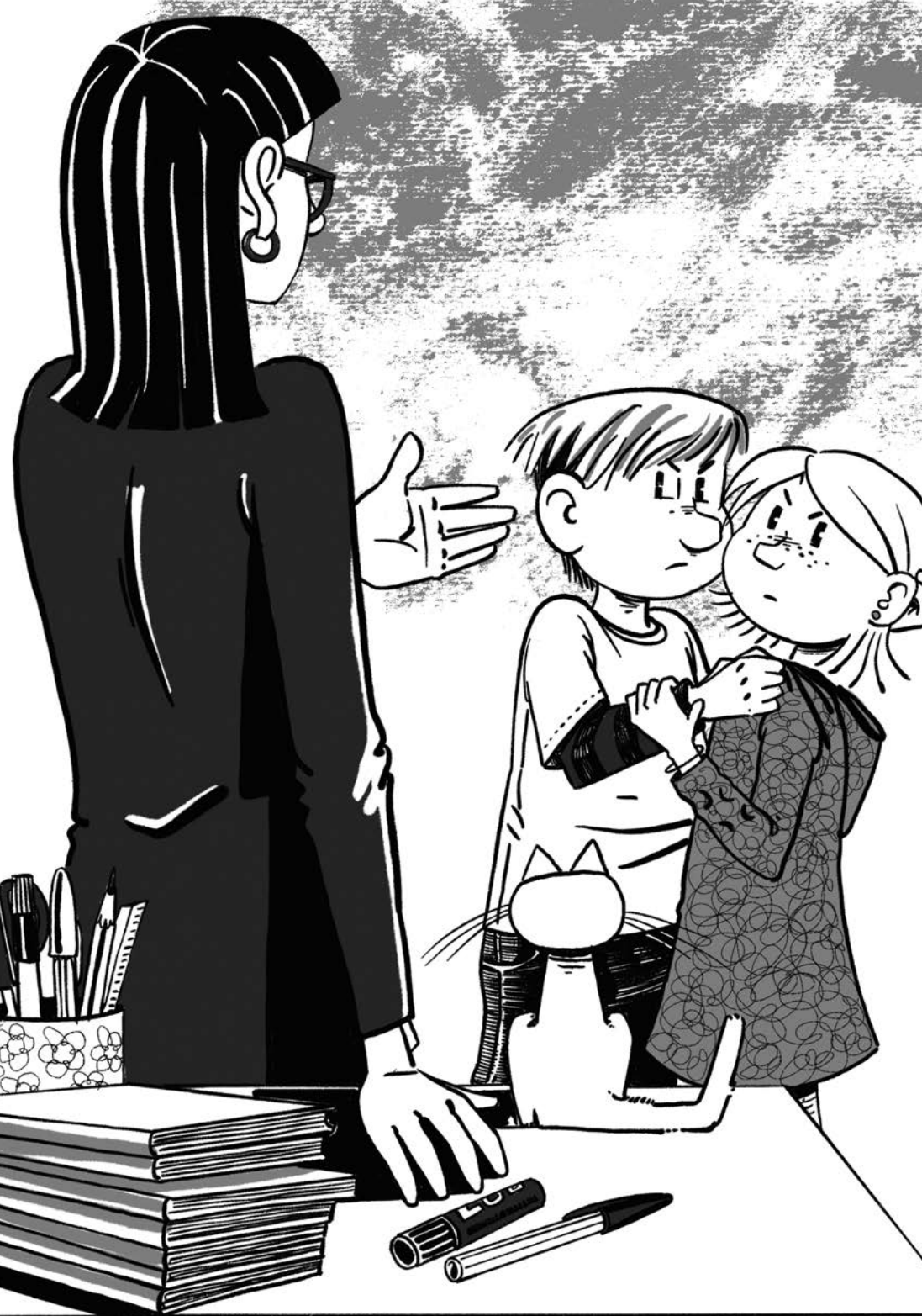
–No, el gato no se va a mover de aquí –dijo contundentemente Lía.

–¡El gato es nuestro! –añadió Aldo.

Y, entonces, sonó el timbre que indicaba que el patio, o más bien el no patio, había terminado. Y, cuando Ana se giró para ir hacia su mesa, todos dieron media vuelta y cada uno se fue a su sitio.

Y el silencio era tan absoluto que parecía que tuviera que ser eterno.

Eso como mínimo.



## 4.

# La clase de los prodigios

**Lo que no había** conseguido ninguna maestra en toda la historia de aquella clase lo consiguió aquel gato diminuto que se movía desgarbadamente encima de la mesa de Ana. Y, por extraño que pueda parecer, durante un momento el silencio se transformó en orden y tranquilidad.

–¡Muy bien! –dijo Ana–. Tenemos un gato. Y, ahora, ¿qué?

De repente, el silencio, la tranquilidad y el orden recién estrenados se fueron a freír espárragos (es difícil entender por qué la gente en determinadas ocasiones fríe espárragos, pero, en todo caso, el gato no necesitaba que le frieran nada). Lía y Toni se enzarzaron en una nueva pelea. Y, dos empujones más



tarde, todo el mundo ya estaba gritando y moviendo las mesas y las sillas ruidosamente.

–¿Os dais cuenta? –preguntó Marta–. ¿Y vosotros queréis tener un gato?

Otro silencio repentino sorprendió a la maestra. Y la pelea entre Toni y Lía cesó de inmediato.

–Tener un animal requiere responsabilidad. Es necesario saber hacer las cosas con un poco de calma. No podemos empezar a gritar a la primera de cambio. Este animal tiene miedo, ¿no os dais cuenta?

Y, entonces, se produjo un prodigio nunca visto durante aquel curso: Toni levantó la mano para hablar.

–¿Qué quieres, Toni? –le preguntó Ana con la mosca tras la oreja.

–Creo que debería ser el gato de la clase –dijo convencido–. Entre todos cuidaremos de él.

–¡Bien dicho! –le apoyó Lía, que había olvidado completamente que unos segundos antes se estaba peleando salvajemente con su compañero.

–Lo veo muy difícil –dijo sinceramente Ana–. ¿Vosotros sois capaces de ser responsables?, ¿de estar en silencio?, ¿de hacer las cosas cuando hay que hacerlas y no cuando os viene bien?

En silencio, sin ser conscientes de que eran muy poco creíbles, todos movían la cabeza más o menos haciendo un gesto afirmativo.

–¿Podéis dejar de gritar y hablar las cosas tranquilamente, sin pelearos? ¿Sabéis levantar la mano y esperar el turno para hablar? ¿Sois capaces de organizaros?

Todos fueron levantaron la mano. Y fue Alfonso quien habló:

–Si nos quedamos el gato –afirmó–, seremos la mejor clase de la escuela.

–¡Las maestras se pelearán porque todas querrán darnos clase! –añadió Aldo mirando de reojo a Óscar para ver si captaba la ironía.

Y la captó. Claro que la captó.

–¡Espero que Silvia no gane la pelea! –dijo Óscar.

Ana tuvo que hacer esfuerzos para no reírse mientras recordaba que era el momento de que sus alumnos se fueran al gimnasio, porque los lunes, después del no patio, tocaba Educación Física.

